

cerca de 200 Javis o Javieres. Al ojear los periódicos atrasados de esa ciudad y leer un trágico suceso ocurrido un mes antes, deduje quien era el autor de la misma.

- ¿Supongo que no le llevarías al chico las armas que te pedía?.

Interrogó Santa Claus con ciertas dudas.

- Sí que se las llevé, pero de mazapán. Afortunadamente en los días transcurridos, al chico se le habían pasado sus deseos infantiles de venganza y aceptó complacido estas golosinas en forma de armas.

- Yo cada vez soy menos partidario de regalar imitaciones de juguetes bélicos, -dijo Melchor- ni siquiera en forma de dulces. Aunque en este caso reconozco que estaba justificado para no decepcionar al niño.

El Rey Gaspar interrumpió ¿Cómo fue la visita a ese niño?.

- Para mí como una de las más emotivas de mi existencia. La madre de Javi, entre un mar de lágrimas me refirió el dramático suceso en que perdió a su marido, con la cruel circunstancia que fue presenciado por su hija y por ella misma. Todo sucedió en cuestión de segundos. Aquella mañana al guardia civil, - al poner su coche en marcha - le explotó la bomba que horas antes los terroristas habían colocado debajo de su vehículo. Desde la ventana en que lo despedían, la madre y la hija vieron como en unos

segundos volaban el automóvil y su conductor por los aires

- ¡Qué barbaridad. Esta humanidad no tiene arreglo! - estalló indignado el Rey Melchor. Luego, más tranquilo, preguntó a su colega: ¿Y la pobre niña que dijo, que actitud tomó?.

- Me contó la madre que su hija desde aquel día se quedó como alelada, como sonámbula. No derramó ni una sola lágrima pero, desde entonces, pasó de ser una niña alegre, charlatana y vivarachita, a no hablar apenas, ni jugar, ni desear nada. Al día siguiente cayó enferma en cama y en ella estuvo durante más de una semana, por lo que adelgazó exageradamente. Pasada la enfermedad fue recuperando kilos y fuerzas, pero continuó en su mutismo casi total y en una inhibición para todo.

- Lo lógico en una criatura de esa edad -comentó Papá Noel apesadumbrado- ¿Te contó su gran secre-

to el día de Reyes, amigo Baltasar?

- Sí. Al verme se alegró y como yo la animé para que me pidiera cualquier juguete o cualquier otra cosa, pues estaba dispuesto a complacerla, ella me contestó muy seria que no quería nada, que nada necesitaba. Entonces yo le pregunté cual era ese gran secreto que hablaba la carta de su hermano y si quería algo especial como regalo de Reyes.

La niña, tímida, pudorosa, dudó en contestar. Al fin se decidió y acercando su carita angelical, y en voz baja para que no la oyera nadie, me pidió al oído:

- Baltasar, tu que lo puedes todo, como regalo de Reyes sólo quiero pedirte una cosa y por una sola vez: que esta noche cuando esté en la cama venga mi padre, me ponga su tricornio en mi cabeza como hacía siempre, y me de un beso.

- Nuria, lo que me pides es imposible, -le contesté categó-

rico, a la vez que asombrado por su insólita petición.

- Pues mi mamá dice que los Reyes concedéis todas las cosas que os piden los niños que han sido buenos. Yo no te pido más que eso, y te prometo que no volveré a pedirte nada nunca más.

- ¿Y tu qué hiciste, Baltasar?

- Intervino de nuevo Gaspar que había estado muy pensativo

- ¿Qué iba a hacer? No le<sup>37</sup> contesté. Me dio mucha pena de la niña, pues me pedía una utopía, un imposible, al menos para nosotros, simples Reyes Magos. Sin embargo, aún pensando que no iba a conseguir nada, se lo conté a mi amigo, el buenazo de San Pedro. Ya sabéis, el conserje del Cielo. Este, sin prometerme nada, me aseguró que se lo contaría inmediatamente al Gran Jefe.

- ¿Y qué sucedió? -Le interrumpió Santa Claus con viveza.

- El milagro. El milagro portentoso que sólo Dios puede hacer. En efecto: A la noche siguiente, el guardia asesinado el padre de Nuria, fue en cuerpo y espíritu a dar el último beso a su hija.

- ¿Y el tricornio? -preguntó ya relajado el Rey Melchor.

- Ese fue mi mayor problema, pues San Pedro me recomendó que de eso me encargara yo; y no veáis lo que padecí para recomponer aquel tricornio después de tan horrorosa explosión.

JESUS SEVILLA LOZANO

